

EL MATRIMONIO – AY! AY! AY!!!

Recuerdo que en mi juventud, alguna vez escuché lo siguiente sobre el Matrimonio:

“Es una comida insulsa que comienza por los postres!”

Más adelante en el tiempo supe que por primera vez la impactante frase había sido pronunciada a principios del S-XIX por un escritor (Jules Sandeau) que había sido novio de George Sand.

Si sigo sumando recuerdos, aquí viene el de Felipito, quien siendo un mozalbete (tal vez 18 o 19 años), una noche, luego de una salida de juerga con amigos, el conjunto de muchachones, ya bien entonados con las copas que traían puestas, se metieron en un bar de mala muerte de la Avenida Córdoba al 700 (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

Sin recordar los detalles del asunto, el caso fue que este muchacho (yo), se encontró charlando en la barra con un tipo mayor, que a todas luces tenía dentro un montón de copas mucho mayor aún que la de todos los jóvenes juntos. Pero... que a pesar de su carga etílica, era sumamente entretenido y no dejaba de hablar racionalmente; y cuando la conversación (vaya a saber porque razón) derivó en el tema ‘Matrimonio’, recuerdo sus lejanas palabras transformadas en algo así como un amable consejo paterno:

-Mirá pibe... ¡Nunca!; pero nunca te cases, porque si lo haces... ¡vas a coger poco; mal y caro...!

Han pasado los años y esa frase nunca me abandonó, jugando no como un alerta sexual, sino más bien como una advertencia de no entrar por una puerta donde en el otro lado podía haber un ogro o un fantasma que me hiciera pasarla muy mal.

Repito: no fue un presagio demoníaco, sino una advertencia que también actuó como un recordatorio constante de la importancia que esa institución tendría, tuvo y tiene en mi vida, y en la gente que me rodea: mis padres, mis amigos y el mundo conocido en general; por lo que, aquí y ahora, le dedicaré algunos pensamientos al tema.

Comenzaré con una mirada lo más objetiva que me dé el cerebelo para tratar de encontrar lo que funciona y lo que no, en esta institución que no solo es una de las más viejas en acompañar al ser humano, sino que también ha sido pilar y plataforma para tantas cosas que han ocurrido en la Historia y que la tienen como eje central.

Eso... sin contar los trillones de libros, films y series escritas y producidas; más los otros trillones de historias pasadas de boca en boca, en confesiones o chismeríos barriales.

Entonces nuestro primer paso será comenzar dando una voltereta en el tiempo para encontrarnos en los inicios de la Civilización humana, y ver que en esos primeros momentos de la organización del Homo Sapiens, los casamientos o directamente las uniones de pareja, ya eran una forma casi pre-establecida entre la gente de aquellas lejanas épocas. Pero había una clara separación entre la nobleza y la gente plebeya. La elite era mucho más formal, con ceremonias y festejos variados, mientras que la gente del populacho, no tenía grandes pompas o celebraciones. Afinando algo más: la nobleza se casaba tal vez por algo de amor, pero... sobre todo, por los intereses a que estaban ligadas estas uniones. (Valga un solo ejemplo: la unión de los reyes católicos –Fernando de Aragón e Isabel de

Castilla- que por el mero hecho de haber realizado matrimonio, forjaron un enorme y muy redituable imperio en el S-XVI).

Por el lado de la plebe en cambio, se producían tan solo uniones en donde el sexo solo tendría por finalidad procurar la descendencia, que serviría por un lado para la ayuda en el trabajo y por otro como respaldo para los viejos padres en sus años de madurez.

Y si bien no se podrá negar que hubo tantísimas uniones matrimoniales que fueron por conveniencia; para que a través de los matrimonios se engrosaran fortunas, se consolidaran políticas y se negociaran importantes acuerdos que terminarían redundando en dineros, tierras, poderes políticos y aún en venganzas de todo tipo; no se puede negar que los humanos, aunque no tuvieran plena conciencia de ello, sentían dentro suyo alguna urgencia instintiva de preservar la especie.

Por lo que, como vemos en pocas líneas, se ha trazado todo lo que la unión de un hombre y una mujer, podían conseguir o ganar por el hecho de la misma unión.

Y aunque hasta este punto no hayamos hablado del tema del amor, tampoco podremos negar la importancia que tuvo este sentimiento en la antigüedad y con solo nombrar a Cleopatra y Marco Antonio, a Napoleón y Josefina o a Abelardo y Eloísa (que aunque ficción) se une a lo real justificando la unión de un hombre y una mujer por la flecha de cupido.

En esos casos (y obviamente en muchos otros), aunque primaran intereses, oportunidades, conservación de estructuras sociales superiores y hasta una herramienta de conservación o aumento de los poderes de las elites; los enamoramientos y los apasionamientos sexuales nunca dejaron de estar presentes.

Pero atención!

Que esas calenturas sexuales, hasta aquí no fueron el verdadero leitmotiv de los contratos matrimoniales. Echarse un buen polvo estaba bien y era rico; pero en la generalidad de los casos, el sexo no era lo que el encuentro de hombre y mujer significaba. Tal vez sería más acertado decir que se trataba de un 'by-product'.

Pero el tiempo corre y al llegar épocas con mayor desarrollo humano, técnico, artístico, social, etc., se produce también un cambio en toda la sociedad. Aunque aún estamos lejos de los modernos tiempos del feminismo actual; la mujer, para esa época ya comienza a mostrar su potencial y dejando de ser una pieza sojuzgada por los hombres, pasa a tener presencia y poder. Y esa presencia y ese poder, se vuelcan también en la vida matrimonial, donde los valores y el accionar se va (lentamente), empardando entre ellas y ellos.

Según estudios sociales modernos se establece que los llamados 'matrimonios por amor', recién comienzan a manifestarse y tomar posiciones a partir del S-XVI o S-XVII; es decir alrededor de unos cuatrocientos años atrás.

Si nos colocamos ahora en nuestro S-XXI, tendremos cuatro siglos de esos matrimonios de amor para poder analizar y evaluar las ventajas (y desventajas) de esa relativamente 'nueva' institución.

El paso siguiente es entonces bucear que pasa con las parejas 'que se casan por amor' y ahí vamos...

El casarse histórico (de la antigüedad) pretendía por encima de todo, tres cosas fundamentales:

- 1) La conveniencia por los beneficios que la unión de 2 casas importantes podía traer;
- 2) Para asegurar la descendencia con fines auto protectores y
- 3) Un apoyo mutuo en la vejez.

Si ahora incorporamos el tema del 'amor', debemos incrementar los 'beneficios'.

Es que hasta aquí las uniones eran en mayor medida de la siguiente forma: Un hombre (noble, campesino, soldado, herrero, labriego...) siente que ha llegado el momento de formar su familia. Conoce a gente en su lugar de residencia y conoce también a las familias existentes en su entorno. Se fija en alguna mujer (preferentemente una muchacha) y habla con los padres. Atención! No se relaciona con la joven que desea desposar, sino con su familia; y en esas actividades se negocia cuanto está dispuesta la familia que alberga a la muchacha a aceptar como dote para que una de las hijas sea entregada para hacer de esposa del hombre que la pretende.

¿Una vaca? ¿Cinco ovejas? ¿Una parcela de terreno? ¿Diez cajones de bacalao? ¿Tres rollos de seda oriental?

Fijado el monto de esta dote se produce el trato y con algún tipo de ceremonial o sin él, el hombre ya ha comenzado a formar su familia.

Pero no podemos dejar de lado que hasta aquí todo es faena, trabajo y negociación del hombre. La pobre mujer está tan relegada, que no solo no ha participado sino que no ha podido emitir ni gusto o disgusto por lo que le ha tocado; y por su condición de 'cosa menor y sin poder de decisión' aceptará lo que le toque porque así estaban diagramadas las estructuras familiares de la antigüedad. ¿Amor? ¡Nahh! Es más fácil que la joven muchacha tenga sentimientos más amorosos por el perro que acompaña a la familia que por ese viejo sucio, gordo, gruñón y exigente que le ha tocado en la compra-venta matrimonial y al que no solo tiene que prepararle y servirle la comida, sino que también lo debe aguantar en todo su peso cada vez que al tipo se le ocurre una revolcada y se le coloca encima jugando al caballito.

Y la cosa sigue: Consumada la unión matrimonial de la forma que sea, a medida que pasa el tiempo y tal como hemos mencionado en el párrafo anterior, al llegar la eventual noche en que el hombre esté dispuesto, tomará a la mujer en la cama y tendrá un coito con ella. Con seguridad que él sentirá, aunque no pasión, algo de calentura; y ella, la mayoría de las veces aguantará que el tipo se descargue y... 'Hasta mañana!'

Pasa el tiempo y en Europa occidental se va entrando en los finales del S-XV y comienzos del S-XVI, que traen una nueva era: El Renacimiento; que produce muchos cambios sobre todo en las ciencias y las artes; y es entonces cuando el cambio general abarca también a las mujeres, quienes pasan a tener una situación mucho más destacada y notoria de lo que había sido hasta ese entonces.

Con genios como el de Leonardo da Vinci y Miguel Ángel Buonarroti comienza un arte sublime en donde las mujeres son rescatadas, idealizadas y cuando menos elevadas en rango y funciones que hasta ahí no habían tenido. Y prueba de ello es que (al final de ese período) William Shakespeare publica 'Romeo y Julieta' en donde la protagonista está a la altura del personaje masculino y donde el amor que hasta aquí no había jugado un gran papel, ahora pasa a ser eje de obras de teatro, novelas y hasta pinturas fuera y dentro de las iglesias.

En paralelo, la sociedad (occidental), en su conjunto, aunque lentamente; comienza sin embargo, a elevar sus niveles en todos los rubros. Y es por ello que las mujeres, que normalmente durante la Edad Media habían vivido la mayoría de sus vidas con un solo

vestido, comienzan ahora a tener un 'vestuario'; que según la ocasión les permite utilizar una prenda u otra que destaca más sus virtudes físicas, cosa que ya ellas evalúan para 'parecerle al vecino' más arregladas, más bonitas y atractivas.

Es decir, que es con el Renacimiento cuando se comienza a mirar a la mujer como algo más que un objeto funcional. Ahora es un ser para analizar, mirar, evaluar y... ¡enamorar!

Y en ese evaluar y tratar a las muchachas como algo más que una caja para colocar semillita y esperar que en 9 meses produzca un pequeño niño; es que comienza una mirada distinta sobre la mujer; y la mujer, al sentirse una atracción comienza a mirar a los galanes que se acercan, también con una mirada más ardiente. Mencionamos estar describiendo la etapa humana del S-XVI; y aquí es donde comienzan entonces a producirse los enamoramientos que terminan en parejas que se casan (finalmente!) por amor...

Es a partir de este punto en que vamos a adentrarnos (aunque no demasiado) en lo que es el 'nuevo' matrimonio; lo que nos llevará finalmente al punto que quiero destacar ya que ese endiosamiento y elevación sublime por matrimonio y familia no es tal como se lo desea hacer ver.

Personalmente, si en este punto debo definir al matrimonio moderno, creo que nada mejor que la definición que se colocó en el inicio de este Post:

'Una comida insulsa que comienza por los postres'.

Y esto es tan así que voy a recurrir a la sociología que define las fases del matrimonio de esta manera:

- Romance
- Desilusión
- Miseria

Y explicaré brevemente lo que es obvio y la mayoría de la gente ya conoce, pero a los solos efectos de ordenarnos, aquí va la descripción que creo correcta e importante.

El Romance es cuando uno se enamora. Piensa solo en ella o en él. El mundo no tiene sentido si no tenemos al otro junto a nosotros. Y no solo lo queremos para estar juntos, sino que nuestros pensamientos y deseos se proyectan en el lejano futuro y allí la pareja que formamos seguirá por el tiempo del tiempo viviendo este sentimiento que hasta el más mínimo gesto nos llena de ternura.

Y de calor sexual. Pues, ésta, es la fase en la cual se coge todo el día. Todos los días. Y se coge en la cama, sobre la mesa de la cocina, adentro del ropero y cada vez que nos metemos juntos en la bañera. Él vive erecto y ella babeando. Esa es la magia de esta etapa maravillosa donde todo es hermoso y perfecto. Hasta ese mohín que mencionamos unas líneas más arriba.

Pero... Según los sociólogos esta etapa es muy variable en su duración, y estudios bastante interesantes, muestran que la enorme pasión y el enamoramiento sin fronteras tienen su pico a los 19 meses desde su inicio para... luego comenzar a decaer.

¿Y ahora?

Ahora pasamos a la segunda etapa: La Desilusión. Los dos partisanos comienzan a notar que hay algunas diferencias en como vemos las cosas. Lo que nos parecía la más completa

y hermosa de las visiones únicas, se va transformando en posturas diferentes. Ya no vemos todo igual, sino que cada uno ve lo que el otro no ve, y además opina diferente. Aquel mohín que me enloquecía de placer cada vez que ella (o él) lo hacía... ahora empieza a molestarnos! Ya no es risueño y placentero. Es tonto y hasta ridículo.

Es que la etapa de la Desilusión empieza cuando las pequeñas diferencias comienzan a molestarnos. Nuestra mente se pregunta porque ella (o él) no podría ser un poco 'más como yo...' y eso nos lleva a darnos cuenta que tal vez por la calentura sexual inicial, no vimos al otro como realmente era, y comienzan a aflorar las cositas desagradables, que poco a poco se transforman en piezas deleznable e inaguantables hasta llegar al punto en que solo nos queda un pensamiento de tres líneas:

'Como la cagué!' ¡Metí la pata!'; 'Me equivoqué!'

Y así la situación se torna tan desagradable que la única salida que se ve, si es que no hay niños, es la ... ¡Separación!

Esta es la etapa en que más divorcios se producen.

Pasado algún tiempo en la Desilusión, (repetimos: según la sociología moderna), ya se entra de lleno en la tercera etapa, que es la de La Miseria.

Si aún no nos hemos separado, la Miseria es cuando uno (o los dos) componentes del matrimonio tratan de resolver los problemas que trajo La Desilusión. Aquí se busca el apoyo de la familia, amigos, sociólogos y psicólogos, consejeros y hasta sacerdotes. En esta búsqueda de una solución a los problemas de la etapa anterior, en ocasiones se consigue encontrar alguna huella que sirva para seguir caminando por la ruta de la unión, pero a veces no se la vislumbra. A lo que se suma, que en ocasiones (frecuentes), entra en escena un tercer jugador, que puede ser un tipo del que se enamora la mujer y lo reemplaza al esposo en la cama, o puede que sea el flaco quien se engancha, cosa que sucede cuando una sexy compañera de trabajo lo coge relindo, todas las tardecitas en que él 'se queda en trabajo porque tiene mucha tarea'.

Todo esto es muy desagradable y todos sufren. Y ni que decir si hay hijos pequeños que en su amor por mamá y por papá, son los que más padecen.

Resumiendo: En esta etapa... ¡todo se va al diablo! No es el 100% de las uniones que recorren este camino, pero sí son más que abundantes.

Exclusivamente como ejemplos, van unos pocos números que nos dan la idea de lo que se está tratando de demostrar.

En la ciudad de Buenos Aires, una universidad local en su cátedra de sociología y como parte de un estudio, los alumnos hicieron una pesquisa en los registros civiles de toda el área de la Capital Federal, y ello demostró que casi el 60% de los matrimonios termina en divorcio a los 19 años como media. El mismo estudio realizado recientemente en España da 16.5 años de duración. Pero hay lugares donde la cosa dura mucho menos que en la bella Buenos Aires. Veamos: en Estados Unidos 8.2 años (con el curioso caso de NYC en donde el aguante es mayor: 12.2 años). En Cape Town, Sudáfrica, y en Londres, ambas ciudades empatan: la duración allí es de solo 11 años y si seguimos para abajo, quizás la copa de oro se la lleve Doha-Qatar en donde una buena unión con fiesta grande y anillo de muchos miles de dólares solo aguantará unos meros ¡5,5 años!

Veamos ahora, independientemente de cuando ocurre la separación, cual es el porcentual de gente que no se aguanta más y que, tarde o temprano; una vez casados, terminarán descasados.

Portugal: 72%; España 70%; Rusia: 65%; Francia: 56%; USA: 50%

Sin seguir entonces con más datos, queda más que claro que quien se casa, enamorado/a; con la contraparte más hermosa, atractiva, inteligente, comprensiva y disfrutando polvos que son para un video XXX...terminarán en la pendiente, y todo lo bello del principio finalizará en un triste y muchas veces conflictivo divorcio.

Obviamente que no son todos; pero los datos muestran que más de la mitad de los casamientos tienen ese cruel destino...

Y pensando en lo desagradable (al menos para las mujeres) que eran los casamientos por conveniencia de la Edad Media, no se puede negar que al menos la duración era mucho mayor cuando la gente se casaba por conveniencia u obligación en vez de por 'amor'.

Entonces salta a la vista que estos acuerdos contractuales de hoy, son poco eficientes. Quizás lo sean en lo económico o lo social y para la crianza de los hijos, pero muy poco eficaces en lo emocional y en todo lo ligado a la felicidad y al sentirse bien y calmo/a.

Pero... tal vez no todo esté perdido. Porque entrando como un rayo de luz se entrevén algunas novedades que ante el desastre social que es el matrimonio, empiezan a aparecer con un aire novedoso de frescura y esperanza.

Como primera solución a 'Casarme y divorciarme', aparece el ... '¡No casarme!'

En la actualidad, cada vez más jóvenes deciden no cerrar el lazo. Viven juntos y tienen buenas y agradables vivencias. Un sexo genial (ya que están en la etapa del Romance) y la cosa sigue así hasta que comienza el periodo que hemos denominado 'Desilusión'. Allí los dos combatientes se sientan en el sillón más mullido y deciden que 'Esto no va más'.

Y si tuvieron la precaución de no tener hijos, la cosa es tan simple como decirse 'Adiós' y 'Que seas muy feliz'. Chau! Se acabó la vida conjunta y se acabó el problema.

Detrás del que se retira (sea él o ella), vendrá otro u otra a ocupar el lugar dejado por quien ya fue.

Este sistema de que 'Estamos juntos mientras esto dura pero ni un segundo más', es tan popular en los países desarrollados de Occidente que por ejemplo en NYC el 50% de los departamentos de Manhattan están ocupados por gente sola. O por gente que vive cortos períodos en compañía, que siempre es agradable y aguantable, pero mientras dura la fase del Romance. Luego se vuelve a la soledad.

Y dentro de las novedades, lo recién descrito está muy enganchado con algo mucho más antiguo que se ha comenzado a popularizar. Nos referimos al 'Servinacuy'; que es una costumbre ancestral de las tribus de la sierra peruano-boliviana-ecuatoriana.

Hablamos de tribus aymaras y quechuas de la Puna de nuestro continente, quienes con su antigua sabiduría social (no es mucha más la que tienen), inventaron hacen siglos la mencionada institución; que es ni más ni menos que la convivencia de la pareja por un tiempo que ellos mismos manejan (pueden ser meses o aún unos pocos años), hasta que viendo que se llevan bien, deciden casarse con ceremonia y todo y allí vienen entonces los hijitos y el verdadero matrimonio. Pero que todo ello estará afianzado por la experiencia de

la vida y obra conjunta. Es algo así como haberse conocido después de haber pasado con éxito las 3 etapas del matrimonio y que oportunamente llamamos Romance, Desilusión y Miseria.

Con medida alegría y alguna esperanza se ve como hoy, se ha avanzado en esa dirección: en las pruebas y en el jugar a tener puertas abiertas, a considerar la fugacidad como un elemento importante y no jugarse con aquello de 'hasta que la muerte nos separe'.

Y ampliando lo del contrato mientras dure la etapa del romance y mirando aquí y allá, se puede ver que ahora hay relaciones pret-a-porter, lazos que duran lo que duren, y lo bueno es que mientras duren, tendremos compañía, cariño, caring, alguien que piensa en uno, buen sexo y mucho compartir. Y cuando se acaba... ¡Palo y a la bolsa! Hasta la nueva relación.

Me gusta esta entrada en la realidad. Porque, como se ha visto... nadie puede negar lo poco exitoso que en promedio resultan los casamientos tradicionales.

Y también otra gran noticia en esta nueva dirección, nos llega de los dinamarqueses que han entrado al mercado con una novedad contractual revolucionaria: Matrimonios con fecha de caducidad!

Porque han instituido que las parejas no se casan con el ya mencionado 'Hasta el final de nuestras vidas', sino que lo hacen por exactamente: una década!

El casorio es un contrato con fecha que caduca en exactamente 10 años. Al cabo de los mismos cada uno para su lado sin que medien engorrosos trámites de divorcio y disputas por los bienes que supimos conseguir. Mitad pa' vos, mitad pa' mi. Los pibes, si los hay, supongo que se arreglará su tenencia en una amigable charla de café o se discutirá y negociará como en la compra de un chalet; y si hay mucha bronca, entonces porque no al mejor estilo del Rey Salomón? Lo partimos al medio y se acabó. Otra vez: ¡Palo y a la bolsa!

Pero atención que aquí viene algo de magia: Porque si por ahí se da que nos seguimos queriendo, que la llevamos bien y que nos gustaría seguir juntitos, el trámite es más que fácil! Con la firma de un contrato adicional (cuestión que dura menos de 10 minutos), se renueva el compromiso por otra década similar de paz, alegría y tranquilidad.

Lo veo como que 'yo manejo al matrimonio' y no que 'el matrimonio me maneja a mí!'

Lo bueno de todo esto? Que aquí se juntan la sabiduría de los cholos servinacuyanos, con mucho sentido de la realidad y gran caudal de practicidad.

Como hemos visto, el armado de los matrimonios generalmente se basa en la pasión inicial. La calentura hace que veamos a la pareja como una suma de bondades y perfecciones que a medida que esa pasión va disminuyendo (y esto no es otra cosa que biología pura), dejan lugar a lo que verdaderamente es el producto que hemos adquirido: algo bien envuelto pero que tiene los bordes rayados, la pintura picada y hasta por ahí parece que trajo algunos piojos y cucarachas metidos entre las ranuras. Si por casualidad vimos algo de esas desprolijidades antes de comprar, por la calentura que nos ahogaba preferimos pensar que esas nimiedades pasarían pronto o que la cosa mejoraría más adelante.

Me gusta el dicho que diche:

'Pobre de la mujer que se casa pensando que una vez casados, él va a cambiar... y pobre del tipo que piensa que ella nunca va a cambiar'.

Entonces llegamos al punto en que resumiremos el pantallazo hasta aquí mostrado. Y para finalizar con este capítulo y solo como resumen mínimo digamos lo siguiente:

A grandes grandes números se puede afirmar que:

De los matrimonios en Occidente, el 50% se divorcia, y que de la parte que queda en pie, una mitad desearía separarse pero por presiones de varios tipos (sociales, coyunturales y sobretodo económicas) no lo llega a ejecutar. Lo que nos da un total del 75 % que no funciona. Haciendo notar que del 25 % que queda, se podría apostar que no más del 5 % son matrimonios que se pueden llamar verdaderamente plenos y felices de la A a la Z.

Es que es la biología la que manda. Y aunque duela y aunque muchos me digan que me equivoco, según mi visión, esta es la realidad:

Somos animales biológicamente preparados para la poligamia, no para la monogamia.

Timothy Motsheme, mi fiel ayudante del CSIR, durante mis años en el África; en una confesión con varias cervezas de por medio, me contó una tarde que 'ahora que estaba casado con una sola mujer' se sentía enormemente infeliz. Que años antes, supo tener hasta cuatro (sí, cuatro!) mujeres preñadas al mismo tiempo. Allí sí que se sentía dichoso! Esa, había sido la buena etapa matrimonial! ('Ahora no sirvo para nada!')

Esto de mi apreciado negrito, quizás no sea funcionalmente (o mejor: económicamente) viable, si es que uno se hace responsable de lo que deja atrás (hijos en este caso).

¡Pero atención!... que habla sobre los verdaderos sentimientos de gente que sigue siendo un tanto primitiva. Y es primitiva porque predomina o porque no está tapada y metida en una lata toda la animalidad que tenemos tan fresca aún.

Lo siguiente lo leí también hacen muchos años en uno de los libros de Alvin Toffler, cuando decía que en el futuro (él hablaba del 'futuro en el siglo XXI'... donde ya estamos!) los matrimonios estables y los hijos bien tenidos recién vendrían en parejas de 40 y pico y hasta de 50 y pico, cuando hubiera estabilidad real; y no como en ese momento que eran los 1970s: '...a los 20 y tantos años, donde todo tiende al fracaso'.

Concuerdo con Toffler, ya que si yo evalúo mis relaciones, veo que a pesar de la convicción de formar una pareja y una familia para toda la vida, mi proyecto, al igual que cualquiera del 75% ya mencionado, tampoco funcionó.

Y ya que tomé velocidad sigo (como en los últimos párrafos, en primera persona), un poco más allá todavía de esto de los casamientos dinamarqueses y que tiene que ver con la mencionada toma de conciencia sobre lo que son las relaciones hoy.

Sin meterme en las nuevas puertas que también se han abierto sobre las discutidas y discutibles relaciones matrimoniales de homosexuales (cosa que dejo para otro ensayo), quiero mencionar algo afín que me impactó tanto como eso de los matrimonios descartables o los matrimonios con fecha fija de caducidad.

Aquí va: hacen unas pocas semanas, estando en Buenos Aires, una noche vi uno de esos espantosos programas donde entrevistan a cualquiera que tenga un jopo largo y buenas espaldas si es un chico, o un poderoso par de tetas en el caso de una muchacha. Esta era una entrevista del segundo tipo, con una especie de starlet o muchacha del ambiente televisivo, joven y muy bonita. Tan bonita que no seguí zapeando a otro canal menos cholulo, precisamente por lo que me gustó la doncella.

Los entrevistadores, dos tipos y una mujer, sobrados y cancheros comenzaron a jugar con ella como se hace con toda la gente que teóricamente solo vale por sus looks. Pero resulta que apenas le preguntaron en son de sorna:

-¿Qué es eso de que querés tener un hijo 'solita' y como lo querés hacer?

... la muchacha borró la sonrisa de su rostro y respondió con seguridad y extrema claridad. Y cuando esta piba comenzó a hablar, todos se quedaron callados y yo (y los periodistas también) nos olvidamos de su hermosura y nos quedamos enganchados en su parlamento. Porque dijo así:

“Quiero tener un hijo. Lo siento como una cuestión biológica. Disfruto pensando en todo el cariño y calor que le puedo dar y la relación que quiero construir con él. Entonces me voy a inseminar. ¿Por qué? Porque sé que en 10 años yo voy a estar conviviendo con un hijo de puta (lo dijo tal cual) al que inevitablemente voy a odiar o en el mejor de los casos voy a no querer o soportar. Porque no lo voy a necesitar. Porque va a ser un estorbo en mi vida. Porque ese niño que es lo que más querré proteger se va a transformar en un elemento de disputa y un trofeo para el que se lo lleve. Es cierto que ese chico no tendrá un padre tradicional, pero los habrá sustitutos, temporales, podrá sentir una presencia masculina junto a mí, que como será precisamente temporal porque así lo pactaré; será armoniosa, pues cuando deje de serlo, ya no será más mi pareja. Y mi hijo vivirá en armonía y no en medio de quilombo tras quilombo”.

¡Wow!

Y aquí paro con el pensamiento de la fecha. No es para pálidas, No es que sea el caso de nadie y que nadie se sienta tocado ni piense que si está por caer en el lazo, al final inevitablemente caerá en el 80 o 90 por ciento que fracasa.

Si bien a mí me falló, soy el hijo de una unión que funcionó bien y armoniosamente durante más de 60 años. Que fue la cálida relación que supieron desarrollar mi padre y mi madre y que hasta hoy está en mi recuerdo como una tierna y sólida imagen.

Entonces... ¿Porque no podemos apostar por algo así, cualquiera de nosotros?

Es solo que como dije, hoy me puse a pensar en el tema y traje el recuerdo de mis relaciones, lo traje a Toffler, los cholitos del Perú, a William Shakespeare, los dinamarqueses, a Timothy y hasta a ese lindo par de tetas con tanta sabiduría dentro.